

Esteban Borrero
Echevarría

*Influencias sociales
del Quijote*

No pretendo en modo alguno, señores, enunciar aquí una verdad desconocida, cuando digo que *El Quijote* (el libro más encantador que han escrito los hombres) es la obra en absoluto y universalmente más leída, buscada y gustada de las gentes; a tal punto, que alguno, con razón, la ha llamado Biblia festiva de la humanidad; ni vengo a estas horas a descubrir yo y a haceros perceptible la esencia artística hondamente poética, ni las bellezas, galas y primores literarios de esa admirable producción. Eso, en el espacio de tres siglo que tiene de vida el libro, está hecho con suficiencia singular por otros, en grandísimo número, y aun pudiera creerse agotado.

He de intentar (modestamente, por supuesto), un estudio distinto; si más exclusivo, más esencial a mis ojos también; el de las "Influencias Sociales del Quijote". Y, al hablar de ellas, fuerza es que precisemos antes su origen, su naturaleza y campo de acción; no sea que se las tome por influencias "docentes" de un orden cualquiera. *El Quijote* que "ha roto las mallas de la intrincada red en que lo aprisionó por espacios de siglos la antigua preceptiva, ha dejado de ser un texto gramatical y un almacén de figuras retóricas".¹ Las eficiencias de ese precioso libro son, por su esencia, sencilla y exclusivamente "artísticas", poéticas; y de ese fondo arrancan las demás que realmente alcance. Y basta con ello para que nos expliquemos el deleite que proporciona, y el carácter de la amable, honesta, sana y universal popularidad de la novela en sí. Pues que, ¿la producción del pla-

¹ M. M. Pelayo



cer artístico puro ha sido, ni será nunca cosa baladí? ¿No hay en ello una fuente inagotable de fruiciones espirituales para el que originalmente las realiza, y un manantial no menos abundante de emociones de esa índole para el que, por el divino artificio de una obra poética, se contagia de ellas, y las goza como bien propio suyo?... Es, por otra parte, un hecho misterioso, pero que tiene el carácter de constancia y de universalidad de una ley física, que las ideas, fuerza creadora de la civilización, no cunden ni sojuzgan si no se encarnan en el arte; y véase por ello cuán trascendente en su complejidad puede ser la influencia social de una obra artística.

Todo, en la maravillosa obra de Cervantes, convida a estudiar esta influencia. Con ello hemos de penetrar hasta donde sea posible, en lo más recóndito del espíritu artístico del libro; ya que toda virtualidad de aquella índole, arranca, en esa obra, del carácter y de la sinceridad de la emoción que les sirve de génesis.

Dividiremos para su estudio esas influencias, por su alcance y significación, en dos grandes grupos: las que nacen de los aspectos, por decirlo así, morales del libro, se llamarán (como son) “extrínsecas”; e, “intrínsecas” serán las que tengan origen en la esencia misma poética de esa fábula, en donde está sin duda toda su trascendencia y significación. Entre las primeras (y hemos de mencionarlas muy por encima, desde luego), están las de orden puramente moral que con su novedad suscitó a su aparición el libro en el medio: los sentimientos de animadversión o de simpatía que, saliendo del corazón de aquella sociedad, le recibieron al nacer. Y aquí es bien que se haga notar que si las clases cultas, Lope a la cabeza, monopolizaron los primeros, el pueblo, con generoso instinto y gran perspicacia artística, dió de sí en abundancia los segundos. Luego, pasado un siglo (durante el cual, puede decirse, hacía secretamente en la Península y en el extranjero la obra, dentro de este campo, su “camino”), el hecho ya trascendental de la manifiesta consagración de su singularísimo mérito por los extranjeros; por una gran inteligencia de la Corte de Inglaterra, desde donde un lord pide, para la biblioteca de una princesa, la biografía de Cervantes. Todo el mundo conoce esta historia y no seremos nosotros (refractarios por naturaleza a toda erudición fría y embarazosa e incapaces de toda erudición comprensiva y filosófica más ca-

[110]





bal) los que encontremos placer en puntualizar éste y otros hechos tocantes a la historia del libro. Despierto desde aquel instante el dormido interés que entre los hombres de letras inspiraba *El Quijote*, y picado en lo más vivo el honor nacional, suceden a la obra sugerida de Mayáns las más espontáneas, inteligentes, comprensivas y amorosas, de Sarmiento, Iriarte, Montiano, Flores, Cano, Ríos, Pellicer, Navarrete...; y surge de esos núcleos de inteligente simpatía literaria la legión numerosísima y varia de biógrafos, comentaristas, intérpretes, imitadores y críticos de *El Quijote* (que en génesis exuberante dió de sí el libro) con toda la elucubración mental que ha provocado, capaz ella sola de llenar y de atestar grandes bibliotecas.

El Quijote creó así, dentro de España, como había comenzado a crear y ha seguido fomentando en el mundo, por ese movimiento de aproximación de individuos, una “verdadera clase social” que en esa dedicación funda, como quien dice, “su estado civil”, y ha hecho de ella profesión apasionada y absorbente de su vida. En torno del centro de atracción artística, varia, que la obra representa, gira encadenado a lo más externo de su órbita, todo un mundo de individuos, que, en realidad de verdad, constituyen por sus peculiaridades, alrededor del libro, “como grupos sociales nuevos”, unidos por una suerte de credo artístico, que de las deficiencias del mismo libro arranca. El grupo raro de los que creen a Cervantes, por *El Quijote*, un reformador, religioso anticristiano, y aseguran (como quien no dice nada) que dirigió los tiros de su sátira contra la Sagrada Escritura: los que le toman por filósofo profundo, al modo de Aristóteles: los que le tienen por profundo cosmógrafo: los que le han declarado reformador religioso o reformador social: los que le dan por revolucionario político, y, por suma, en suma, del humano saber: siendo como fué Cervantes, al decir del más benévolo de sus contemporáneos, “ingenio lego”. Sigue el grupo de los que se creen obligados a dar noticias sucintas de los animales y plantas que mencionó Cervantes en *El Quijote*; el de aquéllos que lo consideran médico y médico alienista tan grande, por lo menos, como Pinel; el de los que conocen el plan del libro; el de los que se entretienen en buscarle los primores literarios y los conocen y anotan por menudo; el de aquéllos que están al cabo de todos los esoterismos de *El Quijote*, y se unen estrechamente por este concepto; y en esfera más amplia, los que ven en el libro una

[111]





sátira literaria encaminada a deshacer la autoridad de que gozaron los libros de caballería: los que le dan mayor vuelo a esa sátira y la hacen social y la enderezan contra la corrupción política de la Nación, y los que dándole trascendente amplitud a la obra, creen que plantea el eterno problema de nuestro ser moral, solicitado, al par, siempre, y en lo más íntimo, por generosos propósitos y por bastardos apetitos. Distíngase entre todos ellos los artistas de todas clases, dibujantes, tipógrafos, pintores, escultores, grabadores; precisense las varias devociones que el libro ha provocado, creando el “tipo del cervantista puro”; del que colecciona ediciones de *El Quijote*; del que busca sólo las más viejas o persigue y posee un ejemplar de la primera: del que soñó haber adquirido un cuerpo de libro corregido y anotado por Cervantes mismo, y donde cree sentir todavía el calor de aquella mano, sobre cuya soñada huella deja caer la lágrima del entusiasmo o estampa, en un raptó de pasión, el beso del fanático; del que halló su retrato, y se inundó en celeste felicidad al contemplar las facciones de un personaje cualquiera: del que conoce al dedillo los pormenores y posee la verdad toda del proceso de Valladolid; del que descubrió un entremés de él; del que le atribuyó la *Tía Fingida*; del que lo hizo vivir en tal casa de Barcelona o de Madrid, y le busca todavía en el Barrio de las Musas; del que sabe quien fué Sancho y en qué disfraz se paseó el duque de Lerma por las sendas y veredas que recorrió el arrebatado hidalgo; del que ha descubierto el anagrama de Blanco de Paz en el capítulo y en un personaje de la aventura del *Cuerpo Muerto*; del que sabe cuantas ediciones del libro se han hecho en España y en todas y en cada una de las naciones y ciudades del mundo, y tiene de memoria el nombre del editor; el de la imprenta y la fecha de cada una de ellas; del que contó el número de veces que Cervantes escribió la palabra Dios, en la obra, que fueron (y he quedado muy descansado al saberlo) “quinientas treinta y cinco”

Vuelvan ustedes la vista atrás y vean a siete ciudades, nada menos, disputándose la dicha de haber recibido al nacer al príncipe de los escritores españoles: Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan; por encima de todas las cuales yergue al fin sus campanarios para pregonar la gloria de haber dado vida a Cervantes, Alcalá de Henares, que reivindica para sí ese honor supremo. Dejemos un mundo de

[112]





hechos de esa índole, graves los unos, banales los otros, todos significativos en esta historia y enumeración que, de emprenderla en serio, no acabaría nunca; y por hacer alto y punto en ella recréense los ojos en la primera entrega de la “Primera Edición Crítica del Ingenioso Hidalgo, con variantes, notas y el diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela”, que se está publicando ahora en Madrid, y se tendrá idea, no cabal, ni con mucho, del ciclo que han recorrido en su gran actividad las fuerzas sociales de todo orden que, arrancando como una gran espiral de *El Quijote*, su centro, han ido ensanchando y precisando su curva hasta darle una amplitud realmente majestuosa. En lo más amplio de esa curva procuraremos tomarla para abordar (¿quién ha de atreverse a decir, para abarcar totalmente?), en el campo intrínsecamente artístico de la obra, el estudio de sus efectivas y más trascendentales influencias sociales que son, ni más ni menos (ya lo dijimos antes), las genuinas influencias del arte grande y verdadero. Y nótese a este respecto, que un gran número de libros y toda la producción literaria de autores de nota, principalísimos algunos, agotan, en tiempo que parece estar medido, sus influencias de aquella índole superior; como si consumiesen uno por uno los gérmenes mentales que han de fecundar en su medio, en su tiempo y en el mundo; y luego, o se esterilizan totalmente o restringen, hasta hacerlas apenas perceptibles, aquellas energías. La historia de la vida mental las incluye, en verdad, como incluye una capa de tierra la flora que prendió, se desarrolló y murió sobre ella; pero dejan de estar individualizadas, y dejan de actuar desde uno de esos focos perennemente activos, que con carácter de eterna gravedad viviente, simpática, llena de avasalladores prestigiosos, mueve, embelesa y sojuzga a todo el que cae en su vasta esfera de acción. Del Dante (¡y cuidado que hay en todo él un vigor artístico prodigioso!) quedan, para la generalidad, por más humanos y universalmente comprensivos, los episodios de la Francesca y Ugolino: lo demás tiene la confusión de un caos que fué un mundo: adivínanse, mejor que se sienten, las hondas emociones que gimen, dramáticas, en el fondo de esa tiniebla, rasgada a trechos por relámpagos o sacudida por el retumbar sordo del trueno; siéntense los estremecimientos de una vitalidad tremenda, allá en el cóncavo mental, confuso, en que se nos oculta, lleno de resentimientos místicos, el drama; pero esa vida y el

[113]





drama mismo caen y se pierden en la sombra que todo lo envuelve, y, más que una emoción perceptible, clara, y perfecta, nos dejan como una sensación trágica, no desprendida nunca para nosotros de su envoltura temerosamente lóbrega y simbólica. El autor y el libro, en su propia significación, están muy lejos de nosotros; demasiado lejos también de la mente actual y de lo que es, en la trama de la vida moral humana, más constante e inmanente también. Balzac (para dar un gran salto), y Balzac fué también un genio, ha ido entrando, aunque mirando siempre de frente al mundo, en aquella penumbra en la cual apenas le distingue hoy, contemplándolo en su plenitud artística, un grupo selecto de inteligentes y conocedores; y así restringe el autor del Pérez Goriot el radio de su eficiencia social. El uno, el florentino, no abarcó, dentro de la intensidad de una visión poética todos los matices de la sensibilidad humana, y tiene la grandeza exclusiva y anuladora al par, de la Teología: el otro fué un psicólogo profundo, pero no fué un poeta, no tuvo esa suerte de capacidad que se hace vidente, porque siente con intensidad emocional la verdad, sino aquélla que arranca del conocimiento intelectual de la verdad y hace sentir, cuando actúa en su prodigiosa, y sin embargo, casi estéril plenitud, dentro de una de sus obras. El arte, el único arte, pide más, y acaso pida menos. Pero lo que pide, lo integra; y es la sensibilidad universalmente comprensible del genio; y lo que alcanza en su soberana amplitud inmensa y serena, esta maravillosa concepción de Cervantes, que ha tomado de una vez para siempre, posesión de la mente del hombre, como la tomaría del cielo un sol que se eternizase en su más dulce aurora. Todo su encanto fluye con poder irresistible de la contemplación desinteresada de la belleza".² Verdad es que Cervantes fué la inteligencia más serena del Renacimiento, verdad que fué un "moderno", verdad que creemos sentir bullendo, cálida y rutilante, por nuestras arterias una gota de su sangre; pero todo eso lo hace sentir a quien no sabe Historia; y con matices emocionales variados lo perciben los hijos metafísicos de Kant y los sensuales descendientes del Turco, cuyo poder quiso él contrastar y humilló el día terrible de Lepanto. "Su luz, la luz del libro, disipa las tinieblas de la mente, no por procedimiento alguno discursivo, sino

² M. M. Pelayo

[114]





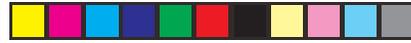
por un acto de intuición soberana: por el acto de la evocación poética de la forma, que lleva en sí un mundo ideal”, dice a este respecto, el señor M. Pelayo, ya citado. Pero ¿me consentiréis, señores, que diga, que repita aquí, donde tantos deben saberlo, que el genio artístico es una forma extraordinariamente intensa de la simpatía y de la sociabilidad; que siente así, por su esencia, el anhelo de crear un mundo nuevo y un mundo de seres vivos?...Arrancando de una sociedad real preexistente, que en cierta medida lo suscita, construye el genio una sociedad nueva, idealmente modificada, en donde bulle la voluntad, actúan las pasiones y piensa la inteligencia que el genio ha creado. Los genios de acción, como el primer Bonaparte y como todos los Césares, realizan su designio amasando a quienes arrastran compenetrándolos del hálito de su ambición. Los genios artísticos no sojuzgan hombres “sojuzgan almas”: las penetran de su idealidad y las hermanan y confunden en el sentimiento de una misma belleza. Admirable confraternidad que se busca, que no ha sido impuesta nunca, como la fraternidad política, y que determina así una suerte de “ciudad ideal” de donde irradian en esfera superior y actúan sobre las conciencias, energías no menos vigorosas que las que actuaron, por ejemplo, en lo que se ha llamado para Grecia y Roma la *Ciudad Antigua*.³

Esa misma sociedad fué radicalmente transformada en su día por el espíritu poético de una religión más espiritual que la suya que había agotado ya sus energías sociales. Ved cómo los “grandes tipos” creados por los dramaturgos y novelistas geniales, Hamlet, Alceste, Fausto, Werther y D. Quijote, son a la vez profundamente “reales” y profundamente “simbólicos”. Hablar de arte es hablar de creación, y de una creación exclusiva del espíritu humano; de aquélla que se extinguiría sin él, que no hubiera existido sin él, que sólo al espíritu es perceptible, y que tiende a crear dentro del medio social, entre los más delicadamente sensibles, otro medio social, por la acción de “sus tipos”. En el arte culminan las facultades creadoras de la mente, ávida siempre de propagación y contagio.

Haced, si sois artistas, que vuestra emoción se propague a un gran número, al mayor número posible de personas; y tendréis, reproducido en ellas y en la conciencia colectiva, el fenómeno

3 Véase la Cité Antique. Fustel de Coulange





de que fué teatro vuestra conciencia en lo individual; así podréis poner de relieve el parentesco moral oculto en las almas de esa multitud, hasta un momento antes fría e indiferente, y desligada en sus elementos sociales; así en el instante en que culmine en ellos la emoción que les sugerís, tendrán una sola alma: serán una sola y misma cosa. Así es fecundo el arte; así ejerce su gran función social; así ha hermanado *El Quijote* a los pueblos de nuestra raza; así hermana en estos instantes a todas las naciones americanas de raza española desde México hasta el Perú y Chile; desde las repúblicas del Centro hasta las más meridionales, que van a confundirse con la madre patria en una común aspiración y cogidas de la mano, hondamente emocionadas, comulgan en un mismo sublime pensamiento”,⁴ así ha establecido un parentesco estrecho entre pueblos extraños y nosotros, así nos ha unido en la esfera de la sensibilidad artística creando una suerte de sociedad dentro de cada sociedad; y en esfera más amplia, dentro del mundo oculto. El libro, con las emociones que sugiere ha penetrado en todos los hogares, como la luz solar, que, si ilumina la torre del soberbio alcázar, dora y poetisa al par con el mismo rayo, el techo de la humilde cabaña, y en uno y en otra penetra iluminando y alegrando. Tiene *El Quijote* en lo artístico una veracidad tan grande y benéfica como la de la luz. Y, así como para sentirse vivificado por ella y para amarla, no ha menester nadie saber astronomía, no necesita el intelecto iniciación crítica alguna para sentir la virtualidad artística del libro inmortal. Claro está que Newton uniría a la emoción que el sol en su más bello ocaso le produjese, un conjunto de nociones, que yo, por ejemplo, ni tendría ni tengo; “pero ambos nos sentiríamos, en lo esencial, por modo idéntico, emocionados”. Y este poder que las fuerzas cósmicas, en su divina impersonalidad alcanzan, lo tiene en su divina esencia impersonal el Arte verdadero; y lo posee como no lo posee libro alguno, éste de Cervantes. De allí arranca su inagotable, benéfica influencia, que a todos, en el ministerio de la acción del arte alcanzan. Y ha llegado a ser por ello, la lectura de ese libro, para los pueblos de nuestra raza (en donde, no hay para qué decirlo, ahonda más ese singular poder), una suerte de “necesidad moral”, algo más que una iniciación, y como un bautismo mental también. La

⁴ Palabras del *Diario de la Marina* en uno de sus recientes editoriales





inteligencia apetece y busca y recibe desde temprano ese bautismo que va tomar convencida y gozosa en el templo de nuestras letras. - ¿Has leído ya *El Quijote*?- preguntarían a alguno; y contestaría sí, como si contestase, "ya soy cristiano". Entienden algunas inteligencias que no es artista el pueblo; y éste es un error craso: las masas tienen el corazón de un niño; y la vitalidad poética de su mente posee una virginidad eterna; lo malo no es esa ignorancia sagrada en su inconsciencia original; lo malo es la sabiduría falsa y mendaz de ciertas gestas educadas a medias y negadas a toda capacidad poética. El pueblo es poeta y sigue sintiendo la poesía de las gentes. No hay acontecimiento social, político o moral trascendente que no se albergue poéticamente en el corazón de las muchedumbres, que tienen para ello una psicología singular, y singularmente fecunda. A mi vista, en este medio social, en Cuba, se ha producido muchas veces, como en todo el mundo, ese fenómeno constante. No es ésta la ocasión de probarlo. Ahora tengo que decir que esa "conciencia artística existe también en la mente de los niños", que son grandes soñadores; que es activa y es fecunda en ellos, como lo fue en la infancia de los pueblos; y que, como en ésta, tiene en cuanto a su historia, por garantía de vida, la "tradicción", y por medio de propagación y de persistencia, la palabra y las narraciones: "el cuento". Esa literatura originalísima e inagotable, mitad oriental, mitad cristiana, en donde vive como si acabase de nacer, siempre fresco, el relato maravilloso que oímos o contamos, emocionados siempre, en el umbral de la casa y en el misterio de la noche. He aquí una supervivencia moral muy interesante. Podría probarlo con cien y cien ejemplos. La trama poética, por donde puede asirse a nuestra alma la leyenda, por donde se ha encarnado en la mente del pueblo la esencia virginalmente artística de *El Quijote*, es tan vasta y tan persistente como la vida. A los ocho años se entiende ya el libro, que encuentra en esa suerte de imaginación artística del niño campo en que actuar y en donde propagarse, risueño siempre. Es (necesito recordarlo), es *El Quijote* una novela, una suerte de epopeya, un gran cuento en que, arrancando de la vida vulgar, asciende naturalmente y sin esfuerzo alguno la acción a los planos más altos de la vida ideal; y provisto el libro de todas sus armas artísticas y de su "propio escenario", que lleva en sí, penetra en todas partes con el séquito invisible de sus hechizos

[117]





poéticos, y a cualquiera hora y en cualquier lugar de la casa puede desarrollar para nosotros el maravilloso aparato imaginativo que lo integra. Eso no hubiera podido hacerlo un drama aunque lo hubiese escrito Shakespeare (que a mis ojos la única inteligencia comparable en lo moderno a la de Cervantes); y no hubiera podido hacerlo una obra de aquella índole, porque el drama, con ser como es un coloso, es un “coloso inválido”, a quien es menester cargar y conducir a la escena y encuadrarlo allí por el decoro y el *atrezzo* y animarlo, en fin, y darle voz y acción por el talento y artificio del actor. Hoy está aliado para ello a un genio que le presta excelsa vida; y mañana de la mano para que lo levante, a un auxiliar torpe que lo hace caer lastimosamente y rodar por el suelo. Su ilusión, por otra parte, tiene siempre algo de artificioso y es fugaz por su heterogénea complejidad, y se queda a girones en el teatro. Tanto es así, que hace ya muchos años que alguno “noveló” el teatro del gran dramaturgo inglés, procurando hacerlo más inteligible y más artísticamente eficaz así también; y todo el mundo sabe que todos, el mismo Lope, fracasaron cuando tuvieron el intento de llevar la inmortal novela de Cervantes al teatro. ¡Ya lo creo! Era como anquilosar y cortarle la lengua para que actuase al más vivo y elocuente de los seres literarios. Porque *El Quijote* es sin duda un ser vivo, y dotado de tantas energías, que en torno de ellas ha cristalizado lo mejor de la imaginación de la gente culta; y así tiene infinidad de aspectos; genuinos todos, diríamos, si no fuese aventurar mucho en ese camino. Es un fenómeno constante en la Historia que el alma de las muchedumbres colabora por modo activo en la creación de las personalidades legendarias, heroicas o meramente poéticas: la historia o la fábula dan el núcleo, y en torno de él se conglomera lo que da de sí en aquella superior función, la mente popular que le pone su sello. Al cabo de medio siglo el personaje está completo: nadie podría decir cómo fué al nacer: “lo que se sabe es que ha cristalizado de una vez y que ha de perdurar así”. Hay en esto, en el campo psíquico de las multitudes, algo análogo a un curioso fenómeno que se estudia en Mineralogía. Suméjase un cristal roto en una solución de sales idénticas a las que integran aquel cuerpo que tienen un tipo cristalino, es decir, un número de caras, de aristas, de ángulos poliedros, etc., determinado siempre; y ¿qué sucede? Que el cristal se reintegra y “sale del baño completo, como

[118]





fué, y como debía ser”: las nuevas sales cristalizan allí donde faltaba al cristal una de sus primitivas “facciones”. Ése es el proceso de inclusión de las obras artísticas en el alma del mundo y en el alma de las naciones. Una cosa sola es necesario: que la obra esté labrada por la mano de alguno dotado del poder singular “de crear vida artística”, que es una vida que incluye fatalmente la otra. “Y precisamente porque *El Quijote* es una obra de esa índole, han sido posibles, naturales y lógicas las varias interpretaciones que ha alcanzado y que nadie da a las obras más perfectas del talento reflexivo y laborioso”.⁵ Precisamente por eso ha hecho rivalizar en torno suyo esta fábula (que vive con sus singulares eficiencias artísticas un poco por encima de la novela misma) mucha alma humana en consubstancial identidad con la obra misma.

Y basta creemos) en este orden de ideas, con lo dicho.

Desentendámonos de las influencias que, en el orden estrictamente literario, dentro de la producción universal, de esta índole ha tenido el libro, provocando no pocas superfetaciones, desde el maligno *Quijote* de Avellaneda, hasta el candoroso y muy interesante de Montalvo; imitaciones desgraciadas siempre (y que son, a la postre, influencias sociales del libro también), para estudiar otra cuyo carácter moral es más perceptible y que tiene grandísima y peculiar significación. Nos referimos en cuanto a España a las influencias de “índole nacional”, que aquí no podían ser olvidadas. “No sería difícil a este respecto discernir la generosa vitalidad que en el carácter español, infunde el libro de Cervantes”,⁶ hermoso y orgulloso sentimiento que parece colmar la medida, no ya de un apetito poético puro, sino la de una necesidad vital más honda e integrante del alma, y que se hace trascender en su complejidad a todos los campos de la actividad superior de la Nación: al campo político y al étnico. Estos sentimientos, aunque nobles y dignificadores, son menos desinteresados que los artísticos, en cuyo campo, por ser más alto, pueden coincidir y confundirse los que inspire a un español y los que inspire a un alemán.

Pudiera haber además hoy, en ese sentimiento, para muchos peninsulares inteligentes, esa suerte de satisfacción que senti-

⁵ M. M. Pelayo

⁶ Benot





mos al romper un vasallaje. Sí, la satisfacción que la España moderna, superada en su poder creador literario por otras naciones de Europa que le ganan en vitalidad total, siente al poseer una obra artística capaz ella sola de contrarrestar, digna y ventajosamente, toda la producción literaria de esos pueblos.

No he agotado el tema, vasto de suyo, que en mi sentir, he tocado muy someramente también; pero un discurso, en ocasión como ésta, ha de limitarse meramente a “sugerir ideas”; no es posible desarrollarlas aquí como cabrían en un opúsculo de “tendencias didácticas”, que cada uno pudiera, con tiempo y descanso para ello, leer en su casa. No quiero tampoco, extremando la prueba, llevar hasta la fatiga la tensión de tanto oyente benévolo, que pide ya descanso; y yo voy a terminar.

Si el fin supremo, inconsciente, pero real del arte, es producir la mayor cantidad de simpatía posible en el mayor número posible de individuos, el libro de Cervantes lo alcanza y colma la medida del deseo. “Si el personaje posible más universal y definitivamente simpático en lo artístico sería aquél que lograse vivir la vida una y eterna de los seres: el que se apoyase sobre el viejo inmanente fondo humano, y, levantándose sobre esa base inmutable, se elevase a la región de los más altos, sublimes y bellos pensamientos que la humanidad alcanza sólo en sus horas de entusiasmo y de heroísmo, *Don Quijote* es ese personaje. El maravilloso libro parece tejido, para provocar más honda y más dulce y amable emoción, con fibras arrancadas a la trama más secreta del corazón humano, y por maravilloso poder recóndito conservadas vivas sin huellas de sangre, pero con todo el poder edificante de la sangre vertida ante el ara de un ideal. Ríe con supremo y no igualado humorismo en nuestras manos, y nos consuela: nos infunde una forma superior de vida, que en olas cálidas invade nuestra conciencia, que en su fondo trágico eterno parecía esperar ese momento para tranquilizarse... ¡para sentirse aliviada de no se sabe qué recóndita tensión dolorosa que está pidiendo en nosotros a toda hora tregua y alivio! Y tanto, que en algún momento, pero éstas son ya lágrimas gozosas que corren, como aquéllas otras, “sin duelo”, y lavan como agua lustral las almas... Es así *El Quijote* como el Breviario de la risa feliz y honesta, que consuela, que sana; y encierra una virtud artística, redentora, inefable. “Vivid, nos dice el libro, sed felices; ¡vivid!”

[120]





Y en su fondo diáfano se sumerge uno así, cerrados los ojos como en un océano de divina beatitud.

¡Ay! Parece que se nos cumple con ello una promesa de la cual guardábamos confusa y no desesperada memoria. Hay que bendecirlo. ¡Ha hecho un gran bien el hombre!

De la trágica tensión mental de la conciencia humana, tal como en su colosal hipertrofia política y religiosa, se fijó por un instante dentro de aquella monarquía faraónica, brotó el manantial ingente que tan grande en su copia benéfica, poética, como fué titánica de ambición de aquel imperio, difunde a raudales sobre el mundo su agua lustral... El pecado de orgullo que contaminaba el ensueño del César, como arrancó de una realidad histórica, ha sido en cierta medida redimido por la obra serena de arte, que arrancó, en el campo de la idealidad de la mente, de uno de aquellos hombres con toda la energía de aquel momento histórico; el cual, por virtud de las eficiencias del genio, contrapuso en el campo de la vida sus energías puras, inmanentemente sanas en lo más libre de la actividad del alma, a las energías viciadas de aquellas síntesis político-social. De la misma matriz nacional nacen, gemelos acaso, Felipe II y Cervantes; el uno ante el ara de sus insanas ambiciones, inmoló como en holocausto, su Imperio; el otro, desde el campo misterioso y sagrado en que elabora la humanidad sus síntesis artísticas, llenas de energías originales, civilizadoras, produjo la obra que le ha conferido más segura acción en las almas, más vasto imperio en el mundo espiritual. Bien puede un monarca ponerse hoy frente del otro. Nunca fué tan vasto el pensamiento de un déspota como el de un genio; ni llevó en sí tantos gérmenes perceptibles de vida. Ni ¿cuándo, para la salud moral del género humano, ha podido monopolizar nadie, en la historia, la Verdad? ¡Ved en qué humilde fuente vamos hoy todos a beberla... En este homenaje profundamente sentido que en el centenario de su publicación consagra hoy el mundo a un "libro", *El Quijote*, y al cual de todo corazón venimos a asociarnos, hay más que el reconocimiento del singular poder civilizador del genio, y de un genio muy amado; hay el reconocimiento de un poder divinamente creador del alma humana, en el cual nos dignificamos todos, y que, por dicha nuestra y del porvenir, no ha terminado aún su obra, ni ha llegado en su séptimo día de labor a la hora del descanso...!

¡Sursuncorda!

[121]

